



TEXTO DE ORIENTACIÓN

Puntuaciones sobre la Dirección de la Cura

Jacques-Alain Miller

PUNTUACIONES SOBRE “LA DIRECCIÓN DE LA CURA”

Jacques-Alain Miller

Trabajaremos en la presente reunión un texto de Jacques Lacan que se llama, que ha sido traducido como “La dirección de la cura y los principios de su poder”. La traducción de la palabra francesa *cure* por la palabra castellana “cura” se puede discutir. No se trata de curar, se trata del tratamiento.

Pero la traducción “La dirección de la cura”, es una traducción consagrada, recibida, y en el uso de este seminario, creo que vamos a continuar diciendo “La dirección de la cura”. No es un texto muy largo, tiene cincuenta páginas, pero en su brevedad y densidad, es muy largo, porque hay que leerlo párrafo por párrafo, frase por frase, a veces palabra por palabra, es decir, con una atención en el pequeño detalle que, quizás, constituye en sí mismo como una formación en lo que se llama, un poco rápido, escucha analítica, que es siempre del detalle. No se deben perder de vista las líneas de fuerza, la estructura, pero el encanto o la eficacia de lo analítico está en el gusto y atención por esos detalles que antes de Freud estaban descartados. Y en su dificultad propia, la escritura de Lacan es una lección de atención al detalle. Él no repite mucho las cosas y hay que acostumbrarse al ritmo especial de la lectura de Lacan. Debo decir que en la muchedumbre presente, que testimonia del poder de convocatoria del nuevo Colegio Freudiano de Córdoba, no estoy seguro de que todo el mundo, de que cada uno tenga el texto presente, acá. Pienso que tener el texto durante la sesión misma del seminario sería oportuno. Pero vamos a considerar que esta lectura de esta mañana puede ser la estimulación a leer el texto más en detalle.

Se trata de un seminario de lectura. Seguramente saben la vinculación, la conexión del psicoanálisis con la palabra; que no se hace un análisis freudiano por escrito, por correspondencia, que tampoco por teléfono, por televisión tampoco. Se hace con la palabra y en la presencia de los dos, el analista y el paciente; el analizante, como dirá Lacan después. Pero aunque hay una vinculación estrecha entre el psicoanálisis y la palabra, hay también una relación entre el psicoanálisis y lo escrito, y quizás es eso que Lacan indica en la última parte de su escrito de “La dirección de la cura...”, la última parte, la V, que tiene como título “Hay que tomar el deseo a la letra”. Hay

que tomar el deseo a partir de algo que no se concibe quizás sino escrito, y quizás el inconsciente freudiano mismo es algo que se puede concebir como escrito, esa memoria inconsciente de Freud que era tan difícil hacer entender a sus contemporáneos. Quizás nosotros ahora podemos entender de lo que se trata, porque en las casas y oficinas tenemos esos objetos que son las computadoras y tenemos otro concepto de la memoria en el sentido informático, que es muy distinto de la memoria en el sentido psicológico. Sabemos que una memoria se puede quedar escrita y volver cuando se hacen las maniobras adecuadas. De tal manera que si Lacan en 1955 podía sorprender a sus auditores del hospital Sainte-Anne hablando de “Psicoanálisis y cibernética”, que era la denominación en esa época de la informática, todo el mundo pensaba que era loco, creo que ahora muchos años después estamos más cerca de algunas intuiciones fundamentales de Lacan y, precisamente, del carácter en cierta medida escrito del inconsciente, como algo que, escrito, se repite. Hace dos o tres días en la televisión argentina escuché a alguien que hablaba de la disquete inconsciente, y eso era una formulación un poco cruda quizás, pero me pareció muy lacaniana.

Y ahora hay algo de Lacan que está en el discurso general, casi popular y a veces la gente no recuerda más que eso viene de él, pero leyendo el texto “La dirección de la cura..”, del 58, podemos recordar que algunas evidencias sobre las cuales vivimos vienen de una cierta lucha, de una polémica sostenida por Lacan y por algunos años bastante solo. Como el tono que he empleado hasta ahora indica que no se trata para mí de hacer una conferencia, se trata de introducirlos a ustedes. a un trabajo que, supongo, quieren hacer y espero poder facilitar esta mañana la lectura y el estudio del texto de Lacan. Ésa es mi ambición. No de brillar, no de hacer una retórica amplia acerca del psicoanálisis, sino de introducirlos en una lectura y en un estudio. Es decir que el éxito de este coloquio-seminario se verificará solamente en sus efectos posteriores, si puedo introducirlos en ese trabajo. Bien, ahora, he dividido lo que quiero decir, por lo menos para empezar, en algunos puntos numerados.

La acción analítica

De qué se trata en “La dirección de la cura y los principios de su poder”.

Para empezar podemos decir que se trata de la acción analítica, entendida como la acción del psicoanalista. Ese texto es el testimonio de un analista

que trata de pensar lo que hace en su práctica, sin prejuicios, en su autenticidad. Y eso implica primero, para un analista, reconocer que se queda una parte oscura, de misterio, para él mismo, en los efectos que produce. Puede ser en los mejores casos lo que estimula a los analistas a pensar y a repensar de manera interminable el psicoanálisis. Uno se puede burlar de los analistas, es una de las cosas más fáciles en el mundo –sus analizantes se burlan del analista, ¿cómo no?–; se puede burlar de los analistas en grupo, que repiten de manera interminable las referencias de Freud y de Lacan, *again and again*, buscando una verdad que escapa en esa repetición. Pero se puede también tener respeto por esa repetición que a veces traduce el sentimiento que se queda para ellos mismos, en su propia acción, en los propios efectos que produce, algo que les traspasa. Y eso es también lo específico de lo que llamamos el inconsciente gracias a Freud y a Lacan, porque después de Freud se había olvidado mucho el concepto mismo del inconsciente. Parecía un concepto arcaico de Freud y en la psicología del yo era muy poco utilizado, y descartado. Lo que llamamos el inconsciente es algo con lo cual no hay buena comprensión, no tiene, el analista tampoco, manera de entenderse bien con el inconsciente, no es un amigo leal, un compañero al lado del cual uno se puede sentir cómodo; al lado del Dr. Mansur me siento muy cómodo, pero al lado de su propio inconsciente uno no se siente muy cómodo. Freud ha presentado el inconsciente como algo que siempre traiciona al Sujeto; el lapsus, el acto fallido, son manifestaciones de traición. El inconsciente es traidor y cada uno desconfía del suyo.

Eso hace también a la dificultad de improvisar charlas en el ámbito del psicoanálisis: la audiencia no perdona al conferencista, psicoanalista, sus eventuales *lapsus*. Esto hace de eso cada vez una partida con su propio inconsciente. Además, cuando es en otra lengua que la lengua materna, tiene también su dificultad. Pueden referirse al texto de Lacan, capítulo IV, “encontrar la comprensión, en contra de entender”, para desvalorizar el hecho de entender, y eso es un tema fundamental por cuanto, finalmente, uno no entiende el inconsciente. Se repiten cosas pero eso no constituye una comprensión. Entonces, en este texto, Lacan siempre presenta proposiciones asertivas, pero hay que captar también el patetismo de su búsqueda, aunque no lo pone él mismo en evidencia.

¿Qué hace exactamente el analista? Esa es su pregunta a él mismo. ¿Qué debe hacer para obrar conforme a la esencia del psicoanálisis? Hay una cierta paradoja al centrar la pregunta sobre la acción del analista, porque

si hay en el mundo un personaje que no parece hacer mucho, es el analista, a tal punto que hay como un aspecto, un aura de pereza alrededor del analista; no parece trabajar. Incluso muchos años después de este texto, Lacan dirá: bien, evidentemente el paciente trabaja, el analista hace el acto analítico, pero el trabajo analítico lo hace el paciente; el analista en cierto modo le pone a trabajar. Cuando vemos un cirujano o un trapezista, trabaja; el analista es más complicado; nos obliga a repensar lo que es el trabajo. En cierta medida el analista no hace nada y pueden encontrar, en las primeras páginas de ese texto también, la teoría que retoma Lacan del no hacer del analista. Lacan mismo, en textos anteriores, ha teorizado el no hacer del analista, que para lograr mantenerse en el no hacer y eventualmente en el no decir, es necesaria una formación; porque la agitación corporal, la compasión, ir a buscar al otro, dar consejo, moverse, ver al otro, pegarle, acariciarlo, todo eso produce un cierto placer al ser humano; se puede entender que hay una forma superior del no hacer que es como el colmo de una formación, y que solamente a los ignorantes parece una pereza común. Lacan busca referencias en las sabidurías orientales. Por ejemplo en su texto anterior que se llama “Variantes de la cura tipo”, se refiere a la vía del analista, la vía del tao; habla del parentesco que hay entre el tao y la posición analítica del no-hacer. O pueden encontrar en el capítulo I de este texto, punto 5, la comparación que hace Lacan entre el análisis y el *bridge*, y dice que el analista se apoya en lo que se llama en el *bridge* “el muerto”; en textos anteriores Lacan compara el analista con el muerto del juego, y habla de la caracterización de la posición del analista. Pero en cierta medida en este texto Lacan habla en contra de esa teoría de él mismo, es decir: no se satisface con la posición analítica como una posición de no-hacer y, al contrario, elabora como novedad una teoría de la acción analítica, más allá de la descripción de la posición analítica como una posición de un no hacer, con la idea de que el analista, en su modo propio de no-hacer, revela algo de la verdad de cada acción humana. Ahora bien, este texto no es de teoría pura y en realidad el analista no es un contemplativo; en eso por lo menos se distingue del taoísta o del filósofo “al estilo de Platón” como contemplativo. Y el analista no es un contemplativo, porque el inconsciente no se contempla, porque ya no se queda inmóvil suficiente tiempo para que uno lo pueda contemplar; se mueve, como el deseo: un momento acá, otro momento allá. Y es difícil casarse con el deseo; uno se casa con una persona del otro sexo, pero no se casa con el deseo, y a veces confundir las dos cosas produce algunos problemas.

No es un contemplativo y en este texto Lacan trata de elaborar la teoría de la “praxis analítica”, término que vuelve también en el título del capítulo IV del texto, cuando pregunta “¿Cómo actuar?” y responde: “con su ser”. Pero “¿cómo actuar?”, es la pregunta del texto. Por supuesto, trata de ubicar esa acción en referencia a una estructura muy precisa que no aparece de manera evidente en el texto, que hay que recomponer, cosa que haremos. La expresión “la acción analítica” se encuentra varias veces en el texto. A veces hay que leer un poco Lacan como se leyeron los jeroglíficos, y como Freud también descifró el inconsciente, es decir, estando atento a las repeticiones. “La acción analítica” entonces es una preocupación, una expresión que vuelve regularmente en este texto; por ejemplo, en el capítulo V, punto 16, tercer y cuarto párrafos, ahí, en la última parte del texto, Lacan dice: “Es increíble que ciertos rasgos, que sin embargo desde siempre han saltado a los ojos de la acción del hombre como tal no hayan sido aquí sacados a la luz por el análisis”. Y después describe cómo percibe la acción humana a partir del punto de vista analítico: “Nos referimos a aquello por lo cual esa acción del hombre es la gesta que toma apoyo en su canción. Esa faceta de hazaña, de realización, de resultado estrangulado por el símbolo, [...] aquello en fin por lo cual se habla de un paso al acto, ese Rubicón cuyo deseo propio está siempre camuflado en la historia en beneficio de su éxito, todo aquello a lo que la experiencia de lo que el analista llama el *acting out*, le da un acceso casi experimental, puesto que él domina todo su artificio, el analista lo rebaja en el mejor de los casos a una recaída del sujeto, en el peor a una falta del terapeuta”.

Se queda uno estupefacto ante esa falsa vergüenza del analista ante la acción, en la que se disimula sin duda una verdadera –una verdadera vergüenza–, “la que tiene de una acción, la suya,” (la acción analítica), “una de las más altas, cuando desciende a la abyección”. Resulta difícil seguirlo cuando se lo lee o escucha por primera vez, estoy tratando de ver o de sentir si perciben el sentido. Lo voy a tomar solamente como testimonio, que es lo que está en las últimas páginas del texto, nodal, un hilo conductor en la lectura de ese texto de Lacan, la preocupación por la acción y el *cómo* de la acción analítica, que parece un no-hacer, que devela algo de la acción humana. Ese tema Lacan lo va a continuar muchos años después, en un seminario que se llama “El acto analítico” y ese seminario complementa esta “Dirección de la cura...”. La preocupación por la acción humana es anterior en Lacan y, la ha estudiado lo que él llama “sofisma de los tres prisioneros”, en “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”. Ese análisis del tiempo lógico es sobre la estructura

de la acción humana, porque demuestra, mediante el sofisma, que si los personajes del cuento no actúan, nunca van a poder descubrir la verdad. Deben actuar sin saber la verdad, para poder descubrirla; es decir: deben actuar, precipitar una conclusión sin tener la conclusión lógica ya hecha. Por eso habla de tiempo lógico, porque introduce un factor temporal en la búsqueda de la verdad. Hay que anticipar con la acción la posesión de la verdad y después verificar esa certeza en una precipitación. En ese texto de 1944, “El tiempo lógico...”, es decir, catorce años antes de “La dirección de la cura...”, Lacan escribe: “La verdad se manifiesta avanzando sola en el acto que engendra su certidumbre”. La verdad depende de un acto, eso es lo que trata de demostrar. “Inversamente el error, como confirmándose en su inercia y engarzándose difícilmente para seguir la iniciativa conquistadora de la verdad”. Una verdad que va conquistando, y más allá del saber que detenta antes.

El texto “La dirección de la cura...” de manera velada se apoya en ese tiempo lógico, en esa doctrina de la acción, del acto, que anticipa sobre el saber que uno detenta y que abre el camino conquistador de la verdad. Uno no puede solamente someterse a la realidad. La verdad es de un orden, un registro distinto y en cierto modo superior a la realidad.

El poder y la verdad

“El poder y la verdad”, podría ser el título del escrito de Lacan que se llama “La dirección de la cura y los principios de su poder”. Se encuentran en el texto dos proposiciones bastante contradictorias: primero Lacan subraya que hay un poder en juego en la cura analítica, que el analista dirige el tratamiento, que hay un poder del analista. Es una descripción, necesitan una encarnación para percibirlo: el analista ordena el tratamiento, el número de sesiones; en la práctica de Lacan es él que decide también la duración de la sesión. Está puesto de manera evidente en una posición superior; y es el otro, el paciente, que devela lo más íntimo “de su personalidad”, cuando el analista queda de lado. Se puede decir que la escena analítica misma pone en evidencia la superioridad, la posición superior del analista, quien, si se cree superior, produce lo que Lacan, de manera repetitiva, ha criticado de la infatuación del analista, que viene de la disposición misma de la cura analítica. Quizás un analista tiene efectos terapéuticos, pero la práctica analítica sobre el analista es muy cruel. La práctica analítica, si el analista no se rebela contra la vertiente natural, destruye al analista, le destruye el intelecto, le destruye el deseo de saber y de investigar. Deben

pensar lo que es sostener la experiencia analítica a veces con el silencio, con la presencia y en silencio mirar las ilusiones de la humanidad. Hay una vertiente que conduce al analista a una posición de un silencio melancólico o de un cinismo agresivo; y he visto ya en mi vida varias generaciones de analistas destruidas.

Hay un poder en juego en la cura analítica que de manera evidente detenta el analista, proposición que subraya Lacan en el texto. La segunda proposición es que, a la vez, el hecho mismo de ejercer un poder es contradictorio con el psicoanálisis. Y de tal manera que en ese texto, estamos muchas veces entre esas dos vertientes. La palabra “poder” está en el título mismo, “los principios del poder del tratamiento”, y Lacan subraya: hay un poder analítico y hay que utilizarlo bien, pero a la vez señala que hay algo contradictorio entre el hecho de ejercer un poder y la posición analítica. Dice las dos cosas a la vez. Por ejemplo, se encuentra por lo menos dos veces la expresión “el ejercicio de un poder”, en este texto, con una significación devaluada; se encuentra en el final del primer punto del capítulo I: “Pretendemos mostrar que la impotencia para sostener auténticamente una praxis se reduce, como es corriente en la historia de los hombres, al ejercicio de un poder”. La segunda aparición de la expresión es en el capítulo III, punto 8: “Queremos dar a entender que es en la medida de los callejones sin salida encontrados al captar su acción en su autenticidad, como los investigadores tanto como los grupos llegan a forzarla en el sentido del ejercicio de un poder”. Es decir, es poder porque no entienden nada lo que es la acción analítica, prefieren el ejercicio de un poder. Las dos veces Lacan dice la misma cosa: porque no entienden la acción analítica en su autenticidad, ejercen un poder como refugio. Las dos veces la misma oposición, de un lado el ejercicio de un poder, del otro la autenticidad de la acción de la praxis analítica, la verdad.

Lacan debe articular que hay un poder en juego en el análisis, que es el analista que lo soporta, que es responsable de este poder, pero que la acción analítica a la vez no es un ejercicio de un poder. Van a ver hasta qué punto de precisión topológica y lógica Lacan conduce lo que aparece como una contradicción. Esa cuestión del poder ya está presente en el primer gran texto de Lacan “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, texto inaugural de su enseñanza; cinco años antes, en 1953, lo encuentran en la primera frase de la introducción de ese texto, cuando Lacan dice en la página 63 de la primera edición en castellano: “Es tal el espanto que se apodera del hombre al descubrir la figura de su poder, que se aparta de ella en la acción misma que es la suya, cuando esa acción

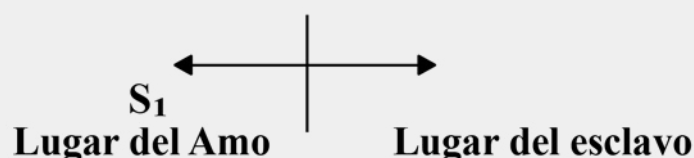
la muestra desnuda [voy a explicarlo después], es el caso del psicoanálisis”. Esa es la primera frase de la introducción del gran texto de Lacan. ¿Qué dice? Dice, y son los temas también de “La dirección de la cura...”: “La acción analítica desnuda la figura del poder humano [la acción analítica en su pobreza, en su negación de toda agitación], la acción analítica desnuda la esencia del poder”. Y en segundo lugar: “El hombre se espanta al descubrir la figura desnuda de su propio poder”. Y por eso no se aparta como dice la traducción, sino que desvía su mirada; no puede mirar, se puede decir, a los ojos, a raíz del poder humano, sino que debe desviar la mirada.

¿Qué es ese poder tan espantoso que no se puede mirar de frente? Y el texto de “La dirección de la cura...” es un texto donde Lacan trata de mirar a los ojos la raíz del poder humano. Creo que una cierta llave está dada en el capítulo V de este texto, en el punto 18, primer párrafo, cuando se presenta una oposición entre el poder y la verdad; que no es el poder y la verdad, es el poder “o” la verdad. Y ese podría ser el título de “La dirección de la cura...”: “El poder o la verdad”. Y que hay que elegir entre los dos, no se puede tener los dos a la vez. Para entender lo que puede significar ese “el poder o la verdad”, pensemos solamente en la asociación libre, en lo que significa la asociación libre, cuando toda educación se resume en “Debes decir eso” o “Debes hacer eso”. También para la transmisión del saber hacer se transmite a través de una inducción. La paradoja de la inducción del imperativo analítico es “Diga lo que quiera”, donde ya leemos la paradoja. Porque hay un imperativo analítico, que es: “Habla”, se sostiene de un cierto poder que es el poder de la palabra, pero ese poder está puesto en acción para sustraer la palabra del paciente a todo poder exterior. “Sea libre”, es engañoso también, por cuanto esa libertad revela la lógica interna que conduce la palabra. Pero la asociación libre en sí misma significa que el terapeuta, en cuanto analista, se abstiene de dirigir al paciente, es decir, renuncia a un poder...

El abandono por parte de Freud del poder hipnótico y de la sugestión, permitió surgir lo que llamamos la transferencia, y eso plantea también la cuestión de por qué existen esos personajes, esos sujetos que son los analistas. Si existen, porque no es cierto que existan, para Lacan siempre ha sido una cuestión si realmente hay analistas, si hay sujetos realmente en conformidad con el concepto de analista. Pero si existiera un analista, sería un sujeto que abandonaría voluntariamente el ejercicio de un poder que podría emerger. ¿Y por qué lo haría? Y ése es el primer texto en el cual aparece en la enseñanza de Lacan la cuestión del deseo del analista. ¿Qué

es ese deseo del analista que es más fuerte que el deseo del poder? ¿Por qué? Si puede estar auténticamente presente en un sujeto eso... Y es por eso, por la radicalidad de la exigencia de Lacan, que, en cierta manera, siempre dudó de que un analista sea efectivo, que sospechó que no se obtenía ese deseo del analista como desvinculado del deseo de poder. Es algo difícil y contradictorio lo que Lacan trata de decir, y lo hace en el punto 18 del capítulo V, a partir del ejemplo de Edipo. Compara al analista con Edipo: primero vemos a Edipo rey, en la historia de Edipo, llega a rey cuando se casa con su madre, el hombre de poder. Pero Lacan refiere al analista a Edipo ciego, al Edipo una vez que se despoja del aparato del poder, para ir a buscar la verdad de su destino, y cuando es transformado en el desecho de su propia aventura. Es lo que Lacan dice, en la última frase de ese punto, del primer párrafo del punto 18 del capítulo V: “Desde el momento en que Edipo emprende ese camino, ha renunciado ya al poder”. Y en el texto dice: “opone el poder, que es siempre un poder de hacer el bien”. El poder siempre se presenta como ejerciéndose para el bien del sujeto. “En el análisis no se trata de eso, se trata de la verdad”. Y Lacan agrega: “de la verdad sobre los efectos de la verdad”, lo que tiene una significación muy precisa.

En ese texto, de manera complicada y contradictoria, Lacan trata de decir: el analista no es un Amo, o es un amo fallido, es un amo que abandona el poder que podría tener. Y en eso el texto más próximo de “La dirección de la cura...” es el seminario de Lacan *El reverso del psicoanálisis*. En ese seminario, 12 años después del texto de “La dirección de la cura...”, Lacan logra decir mucho más claramente algunas cosas que hay en ese texto, porque opone el discurso del amo y el discurso del analista. ¿Lo opone mostrando qué? Que la estructura del poder está presente en el psicoanálisis, que no es una abstracción y que se resume en el ordenamiento de dos lugares, el lugar del amo y el lugar del esclavo.



Toma la relación de poder más fuerte, el Amo ordena y manda al esclavo, dice Lacan: “Esos dos lugares están presentes en la experiencia analítica: el analista ocupa el lugar del amo, el paciente ocupa el lugar del esclavo, pero el analista no ocupa el lugar del amo en tanto que amo”. Lacan ha logrado diferenciar el lugar y el elemento que ocupa el lugar. Normalmente es el

amo, el significante amo, el que ocupa el lugar del amo, y dice el significante amo porque es siempre mediante la palabra como se dirige, se manda. La fuerza en sí misma, la fuerza física, no permite mandar; esta es la paradoja que ha siempre fascinado a las monarquías femeninas; no es la fuerza supuestamente física la que permite mandar, sino la palabra. Ahora con los medios modernos de comunicación sabemos bien que es el encanto de una palabra lo que reúne a la gente.

Lacan muestra en su seminario *El reverso del psicoanálisis* que el analista ocupa el lugar del amo, pero en cierto modo lo ocupa como objeto, es decir, lo ocupa como desecho. Una vez que es el desecho final de su destino, que es Edipo ciego... en ese momento retoma el poder. Y eso significa mucho en la práctica misma, en la dirección de la cura. El analista es solamente una pieza de la máquina analítica, que lo que pasa a través de su exigencia; son las exigencias de la estructura misma, que si desea algunos efectos, hay que tomar algunos medios, si no, no se van a producir. No es con la arbitrariedad de un amo que se debe hacer escuchar el analista; él mismo es esclavo de la estructura. Por eso Lacan llama al lugar del amo el “lugar del agente”, es decir, de una función en una estructura. Ayuda mucho para leer “La dirección de la cura...”, pensar lo que Lacan introduce en *El reverso del psicoanálisis*.

Se demuestra que en esa cuestión del poder hay una preocupación constante de Lacan, desde “Función y campo de la palabra y el lenguaje...”, en 1953, hasta *El reverso del psicoanálisis*, casi 20 años después.

Algunas coordenadas de este texto

Creo que en el interés del texto hay cómo la autorreferencia de Lacan a sí mismo. Que constantemente, en lo que parece una polémica, un texto a veces abstracto, trata de pensar su propia posición en el movimiento analítico. En 1958 está afuera de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, y no por su elección, porque él había renunciado a la Sociedad Psicoanalítica de París, que era la Sociedad de la Asociación Internacional en Francia, la única en esta época, pero quería quedarse en la Asociación Internacional. Y poderes de la Asociación Internacional ya habían considerado que con la división de la Sociedad de París no podía ser miembro de la Asociación Internacional. En esta época había un poder muy estructurado, fuerte y concentrado en los más próximos de Freud, en su hija, Ana Freud, en Hartman y algunos otros. Y, en cierto sentido, en ese texto se ve que Lacan no se somete y que,

a pesar de no someterse a ese poder quería volver a la IPA, y fue solamente en el 63, cinco años después, cuando fue definitiva la separación.

La cuestión “poder o verdad” es una cuestión de la acción misma de Lacan en el tiempo que escribe ese texto. Él se concibe como en frente del poder institucional, que, según él, tiene una concepción desviada de la justa acción analítica, él se concibe como el hombre de la verdad. En 1958 no crea una Escuela suya, es solamente en el 64 cuando va a crear una Escuela propia de él, porque su ruptura con la Asociación Internacional es definitiva. Y empieza otra aventura en 1964, una Escuela que él va a disolver en 1980, la adopción por su parte de otra Escuela y después cierta multiplicación de escuelas y grupos de sus alumnos. Eso es ya una historia institucional que continúa hasta nuestros días. Pero en 1958, Lacan es muy indiferente al grupo. Y hasta el 74 no va a mostrar un gran interés en los asuntos colectivos del psicoanálisis. Le interesa pensar la verdad, la autenticidad de la acción analítica, en frente de los hombres de poder. Y eso es el patetismo oculto de ese texto, la cosa patética de un hombre que ha decidido no someterse al poder en el psicoanálisis para defender la verdad de la experiencia analítica.

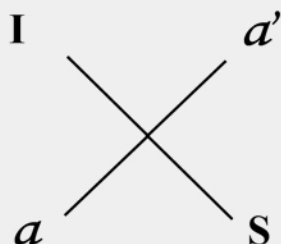
Hay una segunda coordenada que quiero dar sobre el texto. En este momento Lacan está, con algunos compañeros, en un grupo analítico que se llama la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, que han creado al separarse de la Sociedad de París, y que pide su admisión en la Asociación Internacional. Esa Sociedad Francesa de Psicoanálisis va a durar de 1953 a 1963; y en 1958, fecha de este texto, estamos en la mitad exacta de la vida de ese grupo analítico. Y es un momento en el que la más joven generación de gente, como Serge Leclair, Granoff, o Perrier, quiere dar a la Sociedad Francesa de Psicoanálisis un cierto reconocimiento internacional; y es por eso que organizan en 1958 un coloquio internacional, donde es emocionante ver que, para mostrar que es internacional hacen una publicación en francés, en inglés, logrando obtener la participación de un holandés, la presencia de un norteamericano. Reúnen, creo, a cien o ciento cincuenta personas como máximo. Es decir que en su vida Lacan no ha tenido por mucho tiempo una audiencia. Pensar que para leer ese texto de Lacan, en Córdoba, hay casi trescientas personas en 1992, y en el momento de escucharlo por primera vez había un tercio de la audiencia presente, muestra bien lo que es cierto éxito de la acción humana, pero, como lo menciona Lacan, que a veces hace olvidar el deseo que ha sostenido esa aventura, y apunta a cierta búsqueda de reconocimiento.

Hay dos informes que presenta la Sociedad: uno de Lacan, “La dirección de la cura...”, y otro de Lagache. Y me parece en mi lectura retrospectiva que la más joven generación había organizado un torneo entre los dos grandes profesores de la Sociedad. Lacan hace un informe y al segundo día Lagache. Era también para demostrar que en nuestra Sociedad no está solamente Lacan, también está Lagache. El informe de Lagache fue sobre “El psicoanálisis y la estructura de la personalidad”; y en esa ocasión Lacan hizo una intervención espontánea sobre el informe del otro bastante fuerte, diciendo: “¡Qué bien!, ¡Qué magnífico! Pero quizás ha olvidado un punto...”. Y dos años después, en el sesenta, escribe un texto “Observación sobre el informe de Daniel Lagache”, que había pronunciado de manera espontánea en 1958, una fecha pivote, donde muchas cosas de Lacan se anudan. Según Serge Leclaire, Lagache no perdona a Lacan su observación sobre su informe y a partir de ese momento decidió romper con él y empezó tentativas para volver a entrar en la IPA, dejando a Lacan de lado. Y debemos a la aventura de Lacan mucho de lo que pasó en ese momento.

La tercera coordenada que debo dar son las coordenadas de ese texto en la enseñanza de Lacan.

La complejidad de lo simbólico

La cuestión de la acción del analista aparece desde el inicio del texto. En el capítulo I, Lacan pregunta: “¿A qué nivel hay que situar la acción del analista?” Lo encuentran eso en el tercer párrafo del texto, en el segundo habla de analistas que dicen que: “la acción del analista es reeducar emocionalmente al paciente”; y Lacan dice después: “Situación en este nivel la acción del analista”. Se pregunta Lacan cuál es el nivel adecuado para situar la acción del analista. ¿Qué es esa cuestión de “nivel”? Y eso tiene en el texto una significación muy precisa: todo lo que Lacan elaboró entre 1953 y 1958 es que hay que situar la acción del analista en el nivel simbólico y no en el nivel imaginario. Esto se puede representar en la oposición de dos vertientes: la vertiente imaginaria y la vertiente simbólica. La vertiente imaginaria que a veces escribe así: a, a' , que es la pareja del estadio del espejo, y opone a esa vertiente, a ese eje imaginario, el eje simbólico, donde se trata de una relación de palabra, no de una relación del mirar la forma del cuerpo. Opone eso al eje simbólico.



Y durante cinco años explicó a su audiencia que la exigencia de la acción analítica estaba sobre el eje simbólico. Y que más allá del espejo, el analista no debe ponerse como equivalente al otro y discutir como de persona a persona, debe sustraerse a esa pareja imaginaria y ocupar el lugar del gran Otro, del lenguaje mismo, esto es, cadaverizar su posición y permitir al sujeto ser sujeto de la palabra. A ese nivel encuentra su acción propia. Y bien, así Lacan puede explicar que el yo existe sobre el eje imaginario y el Sujeto de la palabra sobre el eje simbólico.

En esa concepción Lacan ha podido decir sobre la dirección de la cura durante cinco años que la acción del analista tenía como resultado hacer caer las identificaciones imaginarias del sujeto precisamente callándose, no dando su aprobación a las representaciones del sujeto; así poco a poco esas identificaciones caían. No fue eso todo lo que Lacan enseñó durante cinco años sobre la dirección de la cura, pero es el eje, hasta el punto de decir que el sujeto encuentra la muerte, es decir, más allá de toda identificación imaginaria, termina por encontrar algo que no se puede representar. Finalmente, más allá de lo representable, de las identificaciones, de las imágenes, encuentra lo irrepresentable. Bien, en el texto de “La dirección de la cura...”, Lacan va mucho más allá porque descubre la complejidad de lo simbólico, que no se puede representar lo simbólico solamente como esa vertiente entre el sujeto y el Otro. Primero hay que distinguir en lo simbólico, el significante y el significado. Segundo: descubrió el año anterior que había que dar lugar a la metáfora y a la metonimia, y eso complica y complejiza lo simbólico.

La distinción entre metáfora y metonimia la expuso en 1957, en su texto “La instancia de la letra...”, y esta vez pone al trabajo la diferencia de metáfora y metonimia, y aplica esa diferencia en el análisis de un sueño de “La interpretación de los sueños” de Freud. La aplica al desciframiento de los sueños, a lo más clásico del psicoanálisis. Pone pues a prueba la distinción metáfora y metonimia.

Tercer punto que demuestra la complejidad del simbólico: a partir de la distinción entre significante y significado

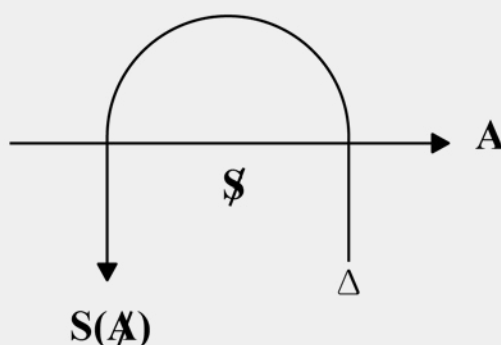
$$\frac{\text{Sgte.}}{\text{Sdo.}} \quad \bigg| \quad \frac{\text{S}}{\text{s}}$$

Lacan representa con una “S” mayúscula el significante y con una “s” minúscula el significado. Sobre esta distinción inventa en ese texto (lo inventa en su seminario pero lo escribe en ese texto) la distinción entre la demanda y el deseo. Y eso no lo había inventado ni escrito antes de ese texto. Lo construye, esa manera de escribir está presente; en los *Escritos* no está, pero lo hice para mostrar cómo se responde. En los cinco años anteriores Lacan se representaba la vertiente simbólica como algo que va del Sujeto al Otro y que da lugar, en ese texto por primera vez, a una complejidad del simbólico que por lo menos implica desdoblar esta vertiente. Y ese desdoblamiento de la vertiente simbólica es lo que representa en su “grafo”, que está fundado sobre ese desdoblamiento. Ese es el esquema escondido de todo ese texto, como mostré al comentar ese texto hace años en mi seminario reducido al que asistía Estela Solano, por ejemplo. Había que ir a ver –para los que tienen el texto es divertido–, justo en la bibliografía al final, hay una parte que se llama “Advertencias y referencias”, y Lacan dice en el segundo párrafo: “Hemos presentado en él [es decir, en nuestra enseñanza, en nuestro seminario], en nuestro seminario un esquema...”. En realidad en francés es un “grafo”, creo. Ahora pienso que todo el mundo conoce los grafos, pero cuando fueron traducidos, enseñados por primera vez, parecían una invención loca de Lacan. De tal manera que han traducido “esquema”. “Hemos presentado en nuestro seminario –dice Lacan– un grafo que articula precisamente las direcciones aquí propuestas para el campo del análisis y para su operación”. Es decir, todo el texto “La dirección de la cura...” es un comentario del grafo del deseo de Lacan, y hay que recomponerlo a partir del texto. Lacan esconde esa indicación en una frase, justo antes de la bibliografía —es un ejemplo de lo que hay que leer en los detalles de los textos de Lacan.

Por eso voy a tomar como quinto punto: “Elementos de este grafo”. Y con eso vamos a entrar en la solución que Lacan encuentra para ubicar el analista.

Los elementos del grafo

Voy a tratar de exponerlo de manera sencilla, y ubicar para ustedes una consideración matriz de ese grafo, porque en la complejidad de Lacan hay cosas muy sencillas, vienen del nivel de la experiencia, pero con un esfuerzo de pensarlo con radicalidad, de tomar las cosas en serio. Creo que puedo presentar los elementos del grafo así. Vamos a tomar como punto de partida el hecho supuesto que un sujeto quiere decir algo, lo que corresponde a una experiencia subjetiva frecuente, más frecuente cuando uno quiere decir y no logra decir. Se puede encontrar casos de aparente mutismo en el análisis, el sujeto viene, se desplaza, paga y no habla, y parece evidente que hay un querer decir que no encuentra una forma, o que encuentra la forma de querer no decir o del no querer decir, quizás. A veces también podemos encontrar un sujeto que habla de manera muy amplia y que dice “no he logrado decir lo que quería decir”; es una experiencia bastante evidente el querer decir. Si tomamos como punto de partida el querer decir, indicando esa intención de significación con una flecha, viene un punto problemático que no conocemos porque no se ha expresado: para decir a alguien hay que utilizar el código del Otro.



Por ejemplo: si empiezo a hablar francés, algunos me van a entender, otros no, pero mi querer decir va a quedarse no realizado, debo utilizar el código del Otro argentino. Por lo menos vamos a situar en esto la propuesta de Lacan, ponemos, acá el Otro con la letra “A”, porque es una letra formalizada de la palabra francesa *Autre*. No la cambiamos en cada lengua porque es como un signo matemático, es un semblante de matemática; esa vertiente debe encontrar el código del Otro para realizarse. ¿Y cuál es el resultado? Nunca se dice exactamente lo que uno quiere decir. Eso formaliza que la realización del querer decir es siempre fallida. Lo puedo decir, por ejemplo, por lo que estoy haciendo, porque me faltan palabras en castellano, menos ahora que antes; he elaborado un castellano propio y puedo utilizar los

recursos de la lengua castellana a mi manera, como los errores son siempre los mismos, los míos, poco a poco la gente se ubica en eso, pero no es exactamente lo que podría decir en francés, sería tanto mejor en francés. Lo puedo creer o hacer creer. Es decir, que el código del Otro desvía de una manera peculiar lo que puedo querer decir, en la medida en que por ese esquema no hay lengua materna. Siempre uno, lo que uno quería o lo que uno necesita, está desviado por el código del Otro, de tal manera que lo que se dice, el significado, la significación de lo que se dice, finalmente es siempre el significado del Otro, esencialmente, que Lacan escribe “s”, minúscula, y del Otro: s(A). Eso es el principio del grafo de Lacan, quien dice, en ese sentido, que la palabra del sujeto, lo que el sujeto dice, le viene fundamentalmente del Otro. Se establece acá un circuito y lo que toma él como su palabra es el mensaje del Otro.

Y lo que quiero decir de esencial es que hay que tomar en serio esa desviación de la intención de significación por la necesidad de pasar por el código del Otro. Hay un parágrafo fundamental en el texto de “La dirección de la cura...”, donde Lacan pone en escena esto. El niño, el bebé, debe llamar para la satisfacción de sus necesidades, y en esta medida la primera encarnación del Otro es el Otro materno... Lacan toma como punto de partida que precisamente las necesidades naturales, supuestamente naturales, del ser viviente son desviadas por la necesidad de pasar por el código del Otro; y a partir de eso es no solamente un ser de necesidades, sino un ser de demanda. Y la posición radical que toma Lacan en ese texto es que toda palabra humana es demanda. Sería mejor decir “pedido”, en realidad, pero se ha traducido “demanda”; y permite utilizar demanda y deseo en contraposición. Ahora los remitiré a la parte IV, punto 10, a un parágrafo que me iluminó la lectura de Lacan hace muchos años, cuando empecé; y voy a leer la segunda parte de la frase (es página 250 de la vieja edición): “La demanda no sólo suspende del aparato signifiante la satisfacción de las necesidades, sino que las fragmenta, las filtra, las modela, en los desfiladeros de la estructura del signifiante”. No se trata solamente de una expresión, quiero decir algo, lo digo, sino que lo que digo debe ser conforme a la exigencia del código y que las necesidades son modificadas por eso. El hecho de que deba hablar de las necesidades obedece a que no hay ninguna necesidad pura en el ser humano, de tal manera que lo que Lacan llama «los desfiladeros de la estructura del signifiante», muestra el lugar del Otro como algo que destroza también el cuerpo humano, destroza las necesidades. Ese “despedazamiento” lo encontramos, por ejemplo, en las histerias somáticas, donde vemos un cuerpo destrozado

según el significante. Se sabe que cuando hay una parálisis del brazo, se habla del brazo que es paralizado y no del órgano biológico. Cuando hay parcialidades del cuerpo, obedecen a la estructura del lenguaje en la histeria, no a la anatomía, es una «anatomía lingüística».

De eso Lacan deduce que se produce ese circuito. Primero hace perder al ser viviente su sustancialidad, porque debe pasar por el lenguaje para ser conocido o escuchado. De tal manera que en cierto modo antes que el otro le escuche y reconozca, es como si fuera nada. Cuando se habla de la exigencia de una madre suficientemente buena, ¿de qué se habla? De que es esencial para el ser humano ser escuchado y reconocido; en cierta medida, antes es nada. Podemos poner casi acá un cero o lo que Lacan escribe como \$, la S del sujeto tachado, para decir casi es nada, y solamente a partir de los significantes por recibir del Otro, a partir de las palabras y de los significantes que recibir del Otro, su identidad. Escribimos entonces acá \$ y, como resultado de la operación, ese \$ puede ser identificado por los significantes del Otro, y vamos a escribir “I” las insignias del Otro, es decir, esos significantes que fijan o que parecen colmar la falta en ser del sujeto.

Resumí una construcción muy compleja que pueden leer después en Lacan. Lo que Lacan deduce de eso es precisamente que en el nivel de ese circuito de la demanda, el resultado es una identificación con el Otro, con algunas insignias fundamentales del Otro. Y que también la demanda tiene un efecto muy específico sobre las necesidades, es como si hiciera sofisticadas las necesidades, como si las necesidades un poco se desvanecerían en su substancia. Eso se constata en el “comportamiento” del niño, que pide y pide, finalmente para pedir. Es decir, que no pide tanto el objeto preciso de la necesidad, sino pide para obtener, pide para que se le dé algo y a veces cualquier cosa –el objeto de la necesidad es siempre particular: tiene sed, necesita beber algo. Ahora es tan sofisticado que quizás con una pastilla no tiene más sed, pero, normalmente los que ya hemos cambiado completamente nuestras necesidades..., ahora uno no dice quiero o tengo sed, ahora uno dice: “Quiero diez Coca-Colas”, aquello que no existe en la naturaleza ya es una creación de la desviación de las necesidades por parte del lenguaje. Normalmente, vamos a decir, una necesidad tiene un objeto particular. A partir del momento que la necesidad pasa por el Otro, se le pide algo y se trata de obtenerlo no solamente como substancia, sino como prueba de amor, como dice Lacan. Deduce de eso Lacan, el nivel de la necesidad, que hay otro nivel que es la demanda y que más allá de la demanda está la demanda de amor. Esta no es más la demanda de

un objeto particular, sino el testimonio de la respuesta del Otro, y por eso Lacan dice: “Finalmente, el amor es dar lo que uno no tiene”. Porque no se trata tanto de dar algo en particular sino del hecho mismo de dar y dar más allá de lo que uno tiene. Es un resumen rápido. Para Lacan eso es un grafo del poder, porque ese gran Otro tiene el poder de responder, y cuando se encarna en el gran Otro materno, es casi evidente, esa dependencia del pequeño hombre. Eso es un esquema del poder y Lacan dice que si el analista se identifica con el Otro, el análisis concluye con la identificación con el analista. A partir de eso hace una crítica de casi todas las teorías analíticas de la actualidad de su tiempo. Dice que son teorías del análisis fundadas finalmente sobre la demanda y es el ejercicio de un poder. Pero diciendo eso, cuando digo que critica todas las teorías actuales, critica la suya propia, porque durante cinco años ha explicado a los analistas que el analista estaba en el lugar del Otro y ahora da un paso más en ese texto, pone en tela de juicio esa ubicación del analista en el lugar del Otro y en cierta medida dice que es verdad que el analista está en el lugar del Otro en la situación analítica, pero que no debe utilizar el poder que le da la situación analítica misma; debe abstenerse del poder que puede ejercer y del poder identificador que puede ejercer, y debe rechazar este poder y abrir un nuevo camino. Y ésta es la segunda vertiente del grafo. Todo depende, en eso, de que el analista abra al sujeto otro camino diferente al camino que el pedido y el de la identificación. Todo depende del “deseo del analista” de ir más allá de eso. Pueden encontrar, por ejemplo (en el capítulo V, punto 14, primer párrafo, en la página 265 de la vieja edición), que dice: “los efectos de la demanda, únicos que se conciben actualmente en el principio del poder de la cura”. Indica que “hasta ahora el único poder del tratamiento que los analistas han ubicado, finalmente, son los efectos de la demanda”. Y él va a oponer a los efectos de la demanda, al poder que da la demanda, el espacio del deseo. Y en eso dice que el analista ocupa el lugar del Otro, pero que debe vaciarse de ese lugar, rechazar el ejercicio de la sugestión que permite la demanda, para abrir el espacio superior de la transferencia y del deseo. La palabra clave de ese texto (hay varias), es el “deseo”. Y Lacan en ese texto inventa un nuevo concepto del deseo o desarrolla el concepto que dejó entrever en el texto de “La instancia de la letra...”.

El lugar del deseo

No es ese texto de Lacan el más claro sobre el tema que vincula la necesidad y la demanda. En un texto que se llama “La significación del falo” trata de explicar lo que pasa en la dialéctica entre la necesidad, la demanda

y el deseo. El objeto de la necesidad es siempre particular y substancial; si uno piensa en la pura necesidad, es preciso tener la substancia del agua o del alimento. Cuando pasamos al nivel de la demanda, ya es otra cosa. A nivel de la demanda se puede pagar al otro con buenas palabras, ya con la demanda entra toda una dimensión sofisticada, y cuando vamos hasta la demanda de amor *nada* puede ser mucho mejor que *algo* precisamente. Lacan, por ejemplo, explica la anorexia de los niños a los cuales no se deja suficiente *nada*, en los que se colma todo agujero hasta que tratan de obtener un espacio, un margen de *nada*; en eso la nada es un objeto, quizás el más precioso. Con la demanda de amor vamos a una desustancialización del objeto, a tal punto que el significante es más importante que el objeto, como sabemos. Piensen en la carta de amor, de la cual Lacan habla: en general se escriben cartas de amor porque el objeto no está y parece que los que hacen la correspondencia tienen un goce enorme en escribir al objeto de amor, precisamente en cuanto no está, en cuanto se desvincula la substancia del objeto y el goce propio del significante. Ahora no tenemos tanta correspondencia amorosa porque existe el teléfono.

Con la demanda de amor se desustancializa el objeto, se puede decir que se absolutiza pero sin particularidades. Es tener un signo del otro, ya sea eso o aquello, como el niño puede pedir que se le dé algo, donde el dar es más importante que la substancia del objeto. Pero puede ser una exigencia del dar, una exigencia absoluta, sin que sea tan importante el carácter peculiar, exacto, de lo que sea. Es decir, es una absolutización sin particularidad.

Ahora bien, Lacan dice que siempre hay un desfase entre la necesidad y la demanda. Lo que él llama deseo es el *desfase* mismo entre la necesidad y la demanda. Para justificar todo, Lacan llega al punto de presentar la siguiente operación: “demanda” menos “necesidad” nos da “deseo”, casi una sustracción. Y dice que en el deseo lo que se encuentra es el carácter absoluto de la demanda. El ejemplo mayor está en el fetichismo, clínicamente; es decir, se necesita de manera absoluta la presencia de tal objeto para desear. Podemos ver el carácter absoluto y, a la vez, completamente particular de la emergencia. Así construye Lacan su concepto de deseo. En el deseo tenemos a la vez el carácter particular, preciso, del objeto de la necesidad y el carácter absoluto del objeto de la demanda. Y eso nos da el deseo en su carácter absoluto, dice, de “condición absoluta” –si no es eso, nada. Creo que lo que dirige a Lacan en este momento en la construcción del concepto de deseo es el fetichismo. En el fetichismo, clínicamente, se ubica la presencia de tal objeto y no otro, no es cualquier objeto, como en

el amor; es tal objeto no el otro, como condición absoluta para desear. Eso es hacer del deseo algo así, otro orden que la demanda, implica que en el lugar de otro, en lugar de dejarse ir en satisfacer la demanda, hay que efectivamente no hacerlo.

Y así se abre otra dimensión, que Lacan plantea como problemática: el deseo del analista. Por eso todo el texto, por ejemplo, termina en Freud, hombre de deseo, y nos lo presenta como ejemplo. Y en eso por supuesto que Lacan se piensa a sí mismo. Hay que ver lo que era en esta época el comportamiento estándar del analista –ya es una cosa olvidada, poco representada, me parece, en la Argentina–; en esa época el comportamiento del analista debía manifestar su alejamiento de toda pasión, debía manifestar su presencia de piedra, debía jugar al *comendattore* de Don Juan, a la estatua inmóvil y silenciosa. Y Lacan tenía en la vida otra manera de ser... Cuando elogia en Freud al hombre de deseo, por supuesto, eso tiene que ver con él mismo.

Además, ubicar el deseo del analista es ubicar por qué hay un poder que se le da inmediatamente con el querer decir del paciente: el poder de sugestión. Se le piden también sus consejos, se le piden direcciones en la vida, se le pide. ¿Y por qué el analista se sustrae a ese poder, por qué no usa este poder? Lacan habla de esto, por ejemplo, en el capítulo II, punto 7. Al ubicar el deseo, al decir que lo que hay que preservar en cada análisis es el lugar del deseo, más allá de los efectos de la demanda, Lacan introduce algo completamente nuevo en su enseñanza, con respecto al campo del lenguaje. Porque ubicando el deseo como más allá de la demanda, como más allá de lo que se puede decir, lo ubica como algo que no se puede decir. De manera paradójica descubre en el campo del lenguaje, a partir de esa demostración sobre el pedido, sobre la demanda y la relación al código del Otro, que hay necesariamente en el campo del lenguaje algo que no se puede decir. Todo lo que se puede decir es demanda. El deseo es lo que falta a toda demanda para poder ser satisfecho.

Estructuralmente es algo que no se puede decir, y es la sorpresa. Lacan señala en ese texto: “Voy a sorprender a toda mi audiencia, que no ha percibido que yo siempre he respetado lo invisible en la experiencia”. Y, por ejemplo, lo pueden encontrar en el punto 18 de la parte V, donde dice que concluye sobre la incompatibilidad de la palabra y del deseo. Encuentra lo que ha puesto en el concepto mismo de deseo; es decir, toda palabra es demanda y hay en toda palabra algo que falta y que va más allá de la

demanda. Eso define el deseo como lo indecible, lo que circula entre lo que se dice, como algo que está entre los significantes y que corre debajo de todo lo que se dice. Así en cierto modo se puede hablar del deseo solamente por alusión, ubicarlo o pensar tener el deseo, es perderlo y que, al contrario, se escapa el deseo del lugar donde uno lo piensa atrapar. Por eso Lacan escribe el deseo bajo de la cadena signifiante, es decir, pone la demanda en lo superior y el deseo como lo que corre debajo de lo que se dice y que es solamente, continuamente, una alusión. Nos da como imagen, al final de “La dirección de la cura...”, el San Juan de Leonardo da Vinci. El San Juan con su dedo al cielo y que muestra nada, que dice “Hay que mirar de este lado, hay que elevar los ojos de este lado”, no pertenece a la Tierra. Toma esa imagen como el índice del deseo; está más allá, se trata de algo más allá. Ese ejemplo es peligroso porque primero Leonardo había pintado una cruz, que se ha descubierto con la radiografía del cuadro, y después la borró. De tal manera que esa verdad, en lugar de estar encarnada en Cristo, es una verdad precisamente invisible y no representable. Pero, en ese punto del texto, Lacan representa el índice del deseo, que no se puede representar en persona, como algo que está aquí, sino que siempre está más allá.

Encontramos entonces dos veces, creo, en ese texto de cincuenta páginas, la palabra “invisible”; y es primera vez que Lacan introduce con el deseo y en el campo del lenguaje que hay algo invisible que, más tarde, él llamará objeto *a*. La palabra “objeto *a*” será hecha para designar lo invisible del deseo, pero en ese tiempo estamos con un hombre que descubre todo eso, que descubre que debe hacer su lugar a lo invisible del campo de la palabra, que no es la negación de la palabra. Es un invisible que vehiculiza la palabra, no es un invisible que no se puede decir más, sino que solamente se puede aislar con la palabra. En este momento, y no antes, Lacan introduce la escritura del $\$$, de ese S tachado, del cual dice es definitivo: el sujeto de la palabra es fundamentalmente tachado, no puede terminar, nunca podrá terminar de decir lo que quiere decir, siempre algo se le va a escapar, no puede recibir la absolución del hecho mismo de la palabra.

Lacan dice en el punto 14 de la parte V, página 266 de la vieja edición: “Sólo de una palabra que levántase la marca que el sujeto recibe de su discurso, podría recibirse la absolución que lo devolvería a su deseo”. Es como si había un muro siempre invisible entre lo que el sujeto dice y su deseo, que no se puede colmar. Y agrega: “pero el deseo no es otra cosa que la imposibilidad de esa palabra”; es decir, el deseo no es otra cosa que

la imposibilidad de decir el deseo, de decirlo todo. Por eso Lacan más allá hace el elogio y la estructura del no todo, como ejemplar de la feminidad, de la sexualidad femenina, que responde a la estructura del no todo. Hace también la conexión entre la femineidad y la verdad, porque en la mujer se encarna en la tontería amorosa de los siglos, se encarna la hora de la verdad, así como también la difamación que se ha hecho de ella por sus supuestos problemas con la verdad, con decir lo verdadero, o su supuesta esencia mentirosa, etcétera. “El deseo no es otra cosa que la imposibilidad de esa palabra que, al responder a la primera, no puede sino redoblar su marca consumando esa hendidura, *Spaltung*, que el sujeto sufre por no ser sujeto sino en cuanto que habla”. Les voy a descifrar cada palabra a pesar de que tienen los elementos para hacerlo. En cuanto todo lo que el sujeto puede expresar de sí mismo está desviado, ninguna palabra puede absolverle de esa desviación significativa fundamental.

De ahí que Lacan se pregunte qué es el fin de análisis. Y no hay una respuesta clara en ese texto, es algo que Lacan va a buscar. No es una palabra que será el fin del análisis, no es algo que se puede decir que es el fin del análisis, como hablar de la transmutación supuesta del sujeto al final del análisis. No es cierto que un sujeto puede dar cuenta de un final de análisis. Cuando Lacan inventó lo que llamó “pase”, fue precisamente para tratar de forzar las limitaciones de lo invisible, para que un sujeto pueda decir al final de un análisis, cuando se transforma en analista, y piensa poder autorizarse como analista, lo que le ha pasado; sí eso es invisible o si se puede aislar aún más, lo que le permite pensar que el deseo del analista le anima. Ese problema del pase está ya presente acá en la emergencia del deseo debajo la demanda, es decir, del deseo como invisible.

El tríptico que estructura el texto de Lacan

En realidad, el texto de “La dirección de la cura...” tiene dos grandes partes. Tiene cinco capítulos, pero tiene dos grandes partes. El capítulo I es como la introducción del texto, es una introducción muy polémica, pero que a la vez contiene como el plan del texto entero. Y después, las dos partes son las siguientes: los capítulos II, III y IV conforman la primera parte del texto y el capítulo V, él solo, conforma la segunda parte. Y la cantidad de texto es más o menos semejante, de un lado los capítulos II, III y IV y segunda parte el capítulo V. Quiero decir exactamente qué son esos tres capítulos II, III, IV. Lacan lo explica en la introducción. Distingue tres niveles, tres registros de la acción analítica: el registro de la interpretación, la transferencia y el ser.

Esto lo trata en el capítulo I, punto 4, donde habla de la interpretación en un párrafo; en el punto 5 habla de la transferencia; y en el punto 6 habla del ser. Todo eso en la introducción. Y después lo despliega eso en el capítulo II, que es sobre interpretación, el capítulo III, que es sobre transferencia; y el IV sobre el ser.

Es decir, el plan es muy sencillo, no aparece inmediatamente, pero “La dirección de la cura...” está estructurada así –repito–: primero la introducción: después tres capítulos (II, III y IV, interpretación, transferencia, ser) y la segunda parte que es su lección sobre el deseo, que retoma todo. Y son esos tres niveles los que Lacan distingue también cuando dice que la transferencia, la posición del analista en la transferencia, es su estrategia. La transferencia define una posición a largo plazo; eso es la estrategia, es decidir por ejemplo: un general decide fijar el enemigo en tal punto y con la otra ala de las fuerzas armadas hacer un movimiento que lo va a encerrar. Esa, por ejemplo, fue la estrategia de los alemanes contra Francia en la invasión a Francia en el cuarenta: fijar de un lado y hacer un movimiento en torno. Se trata de una decisión estratégica durante el transcurso de un mes o dos meses de guerra. O puede ser una estrategia de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo; la estrategia de Churchill fue dejar a los alemanes que se cansaran luchando contra los rusos, antes de dar un golpe e instalarse al oeste. Son decisiones estratégicas a largo plazo. Lacan ubica la transferencia como una estrategia en la cual el analista no es muy libre, porque depende mucho del lugar que le da el paciente. Al contrario, la interpretación para Lacan está en el nivel de la táctica, porque depende de la frase que el paciente va a decir, de lo que va a ocurrir, de la contingencia de lo que pasa, y, en ese caso, hay que ser oportunista. A veces si se abre un agujero para interpretar hay que saltar y hay que saltar bien.

Y en este momento se subraya y nos hace ver la táctica, que es la oportunidad de la batalla, que depende del terreno. Y, por ejemplo, en las supervisiones (que son una práctica un poco floja en el psicoanálisis, que no tiene reglas como el discurso analítico) es más fácil hablar de la transferencia, de la estrategia de la transferencia, pero la táctica hay que dejarla al analista. Es muy difícil para alguien que supervisa decir “Usted le va a decir eso o esto”, porque depende realmente del momento y hay que respetar la iniciativa táctica del analista, hasta tal punto que a veces uno puede no estar completamente de acuerdo con la estrategia del analista que supervisa, pero no hay que encerrar al analista en su táctica, y no hay que desanimarlo en un análisis. Se trata de que el analista continúe, se

anime y que no piense que va a ser arrinconado por el adversario -por el paciente.

Tercer punto: el ser. Lacan dice que está en el nivel de la política. ¿En qué sentido? Está en ese nivel por cuanto la política se refiere a los fines de la guerra. La política no es una cuestión militar, es una cuestión de fijar por qué se hace la guerra, o en qué dirección va esta guerra. ¿Qué se trata de obtener? Por ejemplo, fue una decisión política de los aliados de la Segunda Guerra Mundial decidir ir hasta la rendición incondicional de las fuerzas armadas alemanas, lo cual resultó controvertido por años si había prolongado la guerra o no.

Lacan llama política del psicoanálisis a la cuestión del fin del análisis, en cuanto tiene que ver con el ser. Más allá de tener o no un síntoma, realmente, la cuestión del final del análisis, en ese sentido, es una cuestión de política. Así pues, el texto de Lacan “La dirección de la cura...” está estructurado por ese tríptico que se repite siempre: táctica de la interpretación, estrategia de la transferencia, política del ser o de la falta de ser. Y, por ejemplo, en la primera parte, cuando Lacan dice que el analista debe pagar con palabras, debe pagar con su persona en la transferencia, debe pagar con su juicio más íntimo eso que refiere al ser, esos tres puntos obedecen ya a esa estructura en tríptico del texto. Y además también, la interpretación se refiere a las palabras, a lo más simbólico. En ese texto, para Lacan, la transferencia tiene que ver con los fenómenos imaginarios y la cuestión del ser se piensa en relación con lo real. Es decir, el ternario lacaniano simbólico, imaginario y real también está presente en la estructura de este texto, y aunque no sea inmediatamente evidente, se puede verificar que esa estructura en tríptico sostiene la primera parte de “La dirección de la cura...”

Este texto fue extraído de Conferencias porteñas, Tomo 2, Capítulo IV “La cura analítica” (1992-1993), apartado 1, Puntuaciones sobre “La dirección de la cura” (1992), Buenos Aires, Paidós, 2009, pp. 175-198.

Seminario dictado por Jacques-Alain Miller en el Instituto del Colegio Freudiano de Córdoba para la formación permanente el 2 y 3 de mayo de 1992.

Publicado con la amable autorización del autor. Agradecemos a Paidós por haber cedido los derechos de publicación.